

## FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit quod dum flumen sonat, aquam non leuat, anathema sit.*

Si alguno dijere que cuando el río suena, agua no lleva, le chapuzo hasta que dé la última boqueada.

CONC. 6. GER. CAN. 12.

*SEQUENTIA SANGUINIS TRANSACTIONIS SECUNDUM MEMORIALEM.*

*Gloria tibi, Domine.*—Eso es, borrego; *gloria tibi, Domine.* ¿Te se figura que estás ayudando á misa?—Señor, como empezaba vd. así á manera de evangelio....—Es verdad; pero has oido tu acaso de algun evangelista que se llame *Memorial*?—No señor, pero la *sequencia* parecíame que indicaba cosa de misa: y como el otro dia me tiró vd. una vinagera á la cabeza porque tardé en responder (y lo peor es que fué la del agua) por estar entretenido en ver pasar un faccioso del altar para la sacristía, no queria que ahora me tirára vd. acaso

la salvadera por otro tanto; y por eso respondí luego.—¿Y un faccioso dices que viste pasar? Andate con tiento en esas calificaciones, y mira bien lo que dices, pues aunque no designas persona, el que pasó del altar á la sacristía no pudo ser otro mas que el sacristan.—No señor, no fué el sacristan, que fué un raton.—¡Hombre! ¿y á un raton le llamas faccioso?—Si señor, porque lo mismo son los facciosos que los ratones de iglesia; unos y otros se refugian al altar, y á su sombra hacen los robos y demas diabluras.—Amigo, no puedo negar que tienes la imaginacion mas ratonera que he conocido.—Téngola, gracias á Dios, mi amo.

Y dígame, aunque perdóne. ¿Quién es esa señora *secuencia* que anda en todos los evangelios?—¿Qué señora, ni qué calabaza? *Sequentia* significa *lo que sigue* de un evangelio ya empezado; y así observarás que cuando se empieza, se dice *Initium sancti evangelii*, esto es, principio del santo evangelio; y cuando es continuacion, decimos *sequentia*, esto es, «lo que sigue de él.» Por eso, observando la misma regla, y en atencion á que ya otro dia nos hemos ocupado de la *santa transaccion*, habiendo de hablar hoy de ella otra vez, he dicho *Sequentia sanctæ transactionis secundum Memorialem* «continuacion de la santa trasaccion segun el Memorial»... de Burdeos ó de los Pirineos, que ambos hablan y se ocupan de ella. La cual por mi parte, si bien estoy persuadido á que se trata de hacerla de algun modo, no puedo creer que sea sobre las bases que en uno y otro periódico se ven consignadas. ¿A tí

qué te parece?—Señor, á mí me parece que cuando el río suena, agua lleva, y que Dios me libre de que empiece el rum-rum, y el ruge-ruge de una cosa, y que hombre prevenido vale por dos, y que mas vale un *por si acaso* que cien *quién pensára*, y que en la confianza está el peligro, y digan lo que quieran los autores contemporáneos, mas vale pecar por carta de mas que por carta de menos; que la precaucion Dios la amó, y á los descuidados no les favorece la ley; y asi tengo para mí que será bueno estar alerta; y nosotros los periodistas debíamos estar avisándonos continuamente unos á otros, y diciéndonos; «centinela, alerta.» Porque no consiste en la transaccion, señor, sino en la *secuencia*.

Muy bien me parece Pelegrin, tu sistema de vigilancia por lo que pueda ocurrir; y esta vigilancia debemos dirigirla principalmente á no dar lugar á que tomen los estrangeros de su cuenta el arreglo de nuestros negocios, porque en ese caso cuando queramos arreglarlos por nosotros mismos, ya no podremos. Yo preferiria en tal caso una composicion acá *inter nos*. Eso del matrimonio.... te iba á preguntar qué te parecia, pero ya me acuerdo que has manifestado no ser de tu alta aprobacion.—Es que hay otra cosa señor; que el hijo mayor de D. Carlos, á mas de ser hijo de D. Carlos (que ya esto era bastante mérito ello en sí) me han dicho que es un Borbon sin *r*. ¿Cómo un Borbon sin *r*, bobo?—Ahora ponga vd. una *n*—¿A dónde he de poner la *n*? ¿A que me quieres tu volver loco con tus *enes* y tus *erres*?—Señor, vd. no me

ha llamado á mí *bobo*? Pues ponga vd. una *r* final, y dirá *bobon*, y quite vd. la *r* á Borbon y dirá tambien *Bobon*, y sale la misma cuenta: que eso es lo que me han dicho que es el hijo mayor de D. Carlos, así un *bobon* ó medio loco, medio pasmado, ó pasmado entero, una cosa así.—Esa dificultad está zanjada; y teniendo presente los casamenteros esa consideracion, y la mucha diferencia de su edad á la de nuestra Reinita, parece que trataban de que el enlace fuese con el segundo.—Y del primero ¿qué piensan hacer, señor?—Al primogénito se piensa meterle por de desecho en la iglesia y hacerle cardenal.—¿De un golpe, señor? Es lo que deben hacer, y á su padre hacerle otro cardenal de otro golpe.

Es que no lo tomes á broma, Tirabeque, que ese es el pensamiento: puesto que su cabeza no ha salido á proposito para la corona real, se trata de ponerle el bonete colorado.—Señor, yo tambien le digo á vd. fuera de broma que me alegrára verle vestido de cardenal.—¿No te parece que le estarian bien el capelo y la birreta?—Grandemente, señor; yo no le conozco, pero deberia estar buen mozo el cardenal Borbon sin *r*.—Pues verás ahora la *secuencia*, como tu dices, del matrimonio.

Hecho el enlace, como que todo habia de ser despues á partir, se nombraba una especie de comision, consejo ó rejencia compuesta de seis sujetos, tres carlistas y tres cristinos, segun la base cuarta del proyecto del Memorial de los Pirineos. Estos dice que serían por parte de los carlistas el infante D. Sebastian, el general

Eguía y el P. Cirilo; y por parte de los cristinos el duque de Frias, el conde de Ofalia, y el duque de la Victoria. Este me parece á mi un pensamiento feliz para concluir luego y de una vez la guerra, y ver qué partido quedaba definitivamente vencedor. ¿Qué te parece, Pelegrin?—Señor, á mi no me parece muy á proposito que digamos.—Es porque tu ojo político no alcanza á los futuros contingentes. Verás que sencillo, hombre, verás. Verás que *secuencia* tan favorable y tan satisfactoria para nosotros.

Como que desde luego empezarian á chocarse intereses irreconciliables de partidos, habria necesariamente diverjencia en los acuerdos; á la diverjencia seguirian las disputas; á las disputas se seguiria el acaloramiento; al acaloramiento la ofensa personal; á la ofensa personal el reto ó desafio, y tendrias renovado entre los seis representantes de los dos partidos el combate de los tres Horacios y los tres Curiacios, que puso término á la famosa guerra entre Albanos y Romanos, que de otro modo hubiera sido eterna como lleva trazas de ser la nuestra.

Llegado este caso, vestiría el duque de Frias su uniforme de coracero, aquel con que se presentaba algunas veces á la Reina cuando era ministro interino de la guerra, y empuñando una espada como la que viste sacar á Lombría en la Pata de Cabra... en fin, échate tú á discurrir lo que servirian para el un fraile, que nunca manejó el acero, un general sin manos, y un príncipe, ó valí, el príncipe sería el que

¿e diera algo que hacer; pero cuéntale también con los muertos. Tirabeque! este plan de transacción debe ser de cabezas de mucho meollo! Tu no habrias calculado estas *secuencias* de la santa transacción!—Señor, la verdad, paréciame que todo eso era una pura broma.—Te lo parecerá á tí, porque no eres diplomático.

Y dígame vd. señor; ¿no hay otra transacción que llaman *sin menoscabo*?—Esa es la que ha dado el vulgo en la aprension de creer que realmente se está tratando entre nuestros generales y los generales carlistas. Llamán *sin menoscabo*, porque suponen que se hará *sin menoscabo de la dinastía y de las instituciones* la cual podria consistir en cesion de fueros, reconocimiento de grados en los gefes enemigos y otras cosas asi. ¿Pero crees tu, simplote, ¿crees tu que ni nuestros generales ni menos el duque de la Victoria, teniendo como tienen en su mano vencer gloriosamente á los enemigos, y darnos una paz duradera y estable, ¿crees tu, pobre hombre, que habian de pasar por la humillacion y el bochorno de decir; «no podemos mas, pueden tanto como nosotros?» ¿Te puedes tu persuadir, ignorante y mentecato que eres, que el conde de Luchana, duque de la Victoria, Grande de España de primera clase &c. &c. &c. &c. habia de firmar una transacción con D. Rafael Maroto? ¿Puedes tu concebir, lego incapaz....—Señor, yo el lego incapaz y simplote, y mentecato, y pobre hombre, y tonto, y lo que vd. quiera, no concibo mas sino que *se está quieto y calla*, y que si no hay nada de lo que se ruge, debie-

ra sacar á la nacion del cuidado y la alarma en que la tiene el rum-rum, que ni él ni nosotros ganamos nada con eso. No, ese silencio no me gusta.»

¡Aprensiones de un lego que no entiende ni de guerra, ni de diplomacia! Como si no supiera el ilustre Duque por qué calla y por qué se está quieto! Yo apuesto una oreja á que está aguardando la suya para dar el golpe.

---

#### TABERNEROS Y CONDES.

---

Por sus prendas al hombre estimemos,  
no tan solo por conde ó marqués.

Y sinó, ejemplo al canto. En la capillada 161 insertó mi Paternidad una carta en dialecto gallego, en que entre otras cosas achacaba el cartista á los taberneros de la Coruña, *Barreiro y el Asturiano*, falta de legalidad en la medicion del vino, ó lo que es lo mismo, defraudacion en la medida. En el congreso de diputados acusó solemnemente el general Seoane *al conde de Toreno* de defraudador y dilapidador de los caudales públicos. A primera vista parece que nada tiene que ver la carta de *Mingos Mariño* con la acusacion del general *Seoane*, ni el *asturiano tabernero* con el *asturiano conde*. Pero á segunda vista tendrá mucho.

*El asturiano tabernero*, y lo mismo su compresor Barreiro, tan luego como llegó á su noticia la imputacion que se les hacia en dicha carta, herida vivamente su susceptibilidad tabernacularia, se han dirigido á mi Pa-

ternidad como ciudadanos pundonorosos, manifestando lo infundadamente que el acusador Mingos ha tratado de vulnerar su reputación y la buena fama de sus acreditados establecimientos, puesto que ahora y siempre los han dirigido y administrado con la mas pura legalidad, correspondiendo dignamente á la confianza de sus *comitentes* ó parroquianos, con quienes lo acreditarán en forma, si necesario fuere.

*El asturiano Conde* ha oído la acusacion del diputado Seoane con la impasibilidad de quien ó no la conoció nunca, ó se pasó la mano por la cara, y la perdió para nunca mas morir: y no ha resollado, ni chistado, abierto la boca, ni tomado la pluma para vindicarse de la imputación.

El tabernero no es conde: el conde no es tabernero. Pero el conde esconde la cara: el tabernero no la esconde. El tabernero quiere acreditar que no es defraudador: al conde no le importa pasar por defraudador. El tabernero ha obrado como un conde: el conde se porta como un tabernero. Sin embargo, del pundonoroso tabernero asturiano nadie se acordará en Asturias: al conde asturiano le han dado ya en primer escrutinio cuatro mil votos para diputado por Asturias. El tabernero asturiano ejerce honradamente su oficio en la Coruña, y vive con economía: el conde asturiano se pasea por París, y triunfa y gasta con escandalosa esplendidez. Pero el conde volverá á España; se sentará en el congreso de España: dará leyes á España; impondrá contribuciones á los

taberneros de España; las pagarán los taberneros de España; y el conde se volverá á gastarlas fuera de España; y á estos les llaman Grandes de España; y dirán que los diputados son la preza de la España. Ellos hacen bien en burlarse de la España.

Vice-versas de España: haber huido la delicadeza de los soberbios palacios de algunos próceres, y encontrarse cobijada en las humildes tiendas de los taberneros! Entre Barreiro y Toreno, para el hombre honrado no es difícil la elección.

Por sus prendas al hombre estimemos, no tan solo por conde ó marqués.

---

D. JUAN TONTINEZ.

---

Cada uno de los hombres tiene la suya, y D. Juan Tontinez tenía la de ser diputado. Hablo de inclinaciones. En tal grado le dominaba, que yo Fr. Gerundio, anti-fatalista como soy, cada vez que veía al amigo Tontinez, casi creía en el sistema de las inclinaciones irresistibles. Algunas veces se me ha figurado divisar impresa en su frente la fuerza del signo; y á la manera que es aprension general de los muchachos que en el dorso de los grillos y en la corteza que forma el lustre de sus alas se ve una *R*, que dicen significar que es el *Rey* de las sabandijas; así á mí Fr. Gerundio me ha parecido divisar en el ángulo facial de don Juan Tontinez una *D* formada por las veñas salientes, la cual debe significar que está en la

sangre de sus venas la pasión de ser *Diputado*. Observación que apostaré á que no se encuentra en las craneoscopias de Gall ni de Lavater.

Nunca habia sido diputado; y ahora adoptó por lema de su plan de campaña electoral el principio de: **A TODA COSTA**; el cual le infundia tanta confianza, como pudo infundir al emperador Constantino el **IN HOC SIGNO VINCES** con que Dios le aseguró el éxito de las batallas. Y así como el primer emperador cristiano hizo inscribir en todas las banderas de su ejército el signo del Lábarum, así D. Juan Tontinez consignaba en todas sus misivas á los amigos el lema de *à toda costa*. Su primer pensamiento fue inventar una alegoría por el estilo de los *emblemata de Alciato* ó de las *empresas políticas de Saavedra* con ánimo de hacer abrir una lámina en la fábrica de grabados de la calle de Majaderitos, ó bien en la de Gangoiti de la calle de Atocha (esto decia que le era igual) para adoptarlo por viñeta en el papel de cartas. Pero le retrajo el coste de la obra, y se limitó á subrayar en las epístolas y á poner en letra mas abultada el *à toda costa* de su empresa política, para llamar la atención hácia el pensamiento dominante. Allí estaba el *énfasis* que dicen los retóricos.

Por supuesto que fue de los primeros á dar su *aloeucion á los electores*, en que se mostraba candidato, y se comprometia espontáneamente á hacer la felicidad *del país*. Mandó tirar seis batallones de ejemplares, es decir, unos seis mil; que deducidas las bajas de hospitales,

esto es, los pliegos quebrados y los que le echaron á perder los prensistas, quedaba una fuerza efectiva de cinco mil ochocientos y pico de proclamas, sin contar la caballería, como dice el amante sorprendido de la comedia de *Las Citas*. Todas las circuló en tres correos, y escusado es decir que no se le pasaria enviar un par de ejemplares á Fr. Gerundio para que tuviera la bondad de recomendarla al público. El importe de impresion no dejó de levantarle roncha, pero como él decia, «estas cosas no se hacen sin sacrificios; y sobre todo, para cojer es menester sembrar.» Tanto sembraba, que ya la casa se iba quedando sin un grano, y mientras los electores comian y bebian á cuenta de la candidatura de D. Juan Tontinez, la familia de D. Juan Tontinez, que ya en tiempos normales no lo pasaba con mucho desahogo, iba estrechando tanto las distancias, que si durára mucho la lucha electoral, me temo que sucumbiera de estenuacion. Fielcs intérpretes del *à toda costa* los agentes electorales de don Juan Tontinez, le iban dejando sin quilo con mucha destreza y suavidad.

Quiso Dios que dieran principio las votaciones, y que mi D. Juan empezára á cojer cada correo el fruto de sus desembolsos, y la cosecha de su sementera. Recibia la correspondencia, la abria, y tomando la pluma, iba sumando los sufragios que habia tenido en cada colegio; los comparaba con los de cada candidato, sumaba, restaba, multiplicaba y dividia; y en esta aritmética electoral se le pasaban las horas muertas, Si entraba alguno y le pregunta-

ba, «¿cómo va, Sr. D. Juan?» respondía; «no vamos mal: en este colegio tengo doscientos quince: en este noventa y ocho; de este otro no hay noticia mas que de la votacion del primer dia; pero tuve diez y nueve. Coteje vd. ahora los que ha tenido este otro candidato, que es el que mas....—Pero si ahora no le preguntaba á vd. por el resultado de las votaciones, señor D. Juan, sino por el estado de su salud.—Há, estoy para servir á vd. La desconfianza la tengo en estos dos distritos: aqui han trabajado mucho los contrarios.—¿Y la señora como está?—Está buena. Yo acabo ahora mismo de hacer mi primer escrutinio; si quiere vd. entretenerse en hacer el suyo....—¿Pero de qué, don Juan? ¿Me habla vd. de la señora?—No, hombre, no: de los votos de estos primeros dias: á ver si acaso me he equivocado yo.—¿Cómo es posible que vd. se haya equivocado? Vaya, yo le dejo á vd. en su ocupacion. A Dios, señor D. Juan.

Volvia mi D. Juan Tontínez á su tarea con tanto entusiasmo y tanto afan, que para él no habia horas de comer ni de dormir: era un camaleon electoral que se alimentaba de votos: Cada correo le producía á él quinientas ó seiscientas operaciones matemáticas: formaba esta

dos generales y parciales, en cuyas casillas incluía con toda especificación, 1.<sup>a</sup> Colegios: 2.<sup>a</sup> candidatos; ésta dividida en dos, para moderados y para progresistas: 3.<sup>a</sup> electores que tomaron parte: 4.<sup>a</sup> número de sufragios: 5.<sup>a</sup> día primero: 6.<sup>a</sup> día segundo, y así hasta la casilla 9.<sup>a</sup>; 10.<sup>a</sup> total de cada uno. No cabiéndole el estado en un pliego sencillo, pegaba otro con obleas y continuaba su operación. En esto solía preguntarle su señora: «Juan, ¿qué hora tenemos? — Tres mil y veinte, respondía él: pero aun faltan.» — Te pregunto por la hora, hombre. — Há, la hora: la hora no la sé: se me olvidó dar cuerda.

— Ultimamente hizo su resumen general de votos, del cual resultó haber reunido tres mil quinientos doce, la mitad mas dos del total de electores de la provincia que habían tomado parte en la votación. De consiguiente según las noticias contestes de todos sus correspondientes, D. Juan Tontinez era definitivamente diputado. Un terrible puñetazo que un movimiento natural de alegría le hizo sacudir sobre la mesa de sus operaciones, acompañado de un agudo grito que resonó por todos los ángulos y techos de la casa, alarmó á la familia que acudió presurosa y azustada con el temor de

alguna novedad. «Esposa.... hijos míos... tres mil quinientos doce.... ya sois felices! La mitad mas dos.» Y abrazando alternativamente á unos y otros, «tres mil quinientos doce!» repetía.

Los niños, incapaces todavía de penetrar la causa de tan inusitadas demostraciones, miraban de hito en hito á su papá, y la sorpresa de la inocencia se veía pintada en sus tiernos semblantes. La esposa sospechó y aun preguntó si era que le habian caído tres mil quinientos doce duros á la lotería. Entonces D. Juan, nuevamente arrebatado de gozo electoral, «¡ah! no, la dijo, volviendo á estrecharla entre sus brazos: tres mil quinientos doce votos! la mitad mas dos, esposa mia! Ya soy diputado: ya recogí el fruto de mis sacrificios; haré que me nombren de la comision de contestacion al discurso del trono, compondré yo otro discurso sobre los males que afligen á esta desgraciada patria, sobre la marcha errada de todos los ministerios, le estudiaré, tronaré con fuego patrio.... me harán ministro, esposa mia, me harán ministro...., mira si eres feliz!» Y se empeñaba en que habia de dar un baile en la casa en celebridad de los tres mil quinientos doce; pero la familia que no habia comido

aquel día á causa de los sacrificios electorales del favorecido, rechazó con famélico carácter la extemporánea proposición.

Apresuróse el bueno de D. Juan Tontinez á comunicar á sus amigos el resultado de la votación, y á recibir las consiguientes felicitaciones. «Que sea enhorabuena, Sr. D. Juan, le decían; y ojalá demos á vd. otra pronto; porque de ahí al ministerio.—Es la carrera, decía él; pero antes es menester darse á conocer en las Cortes.—¿Y qué familia tiene vd. ahora, Sr. D. Juan?—La mitad mas dos de los de la provincia.—¡La mitad mas dos de los de la provincia!—Justo: tres mil quinientos doce.—¿Vd. está loco, Sr. D. Juan? ¿Tres mil quinientos doce hijos tiene vd.?—Ah, no; hijos no; votos; creí que me preguntaba vd. por sufragios.»

Loco por demás y fuera de juicio andaba estos días D. Juan Tontinez, como el hermano lector puede muy bien suponer, sin pensar mas que en su mitad mas dos, en la elaboración de su primer discurso y en su futuro-probable ministerio. Empezando estaba ayer á trabajar aquél sobre las bases generales de toda contestación al discurso de la corona, cuando llegó un propio con la carta siguiente:

Mi amigo D. Juan: hoy 5 se ha verificado en esta el escrutinio general de primeras elecciones en la Diputación provincial, siendo el resultado que de los tres mil quinientos doce votos que habia vd. reunido, se han perdido tres por equivocacion de apellido en las papeletas; pues en una le habían puesto á vd. don Juan Tontillo, en otra D. Juan Tontin, y en otra D. Juan Tonto. Mi sentimiento es que habiendo reunido su adversario y competidor de vd. D. N. A. tres mil quinientos once, la mitad mas uno, ha quedado de último diputado, y no hay necesidad de segundo escrutinio. Se lo participo á vd. por propio despacho al efecto para dar á vd. la última prueba de mi actividad. Soy de vd. &c.

Figúrense vds. qué trago para D. Juan Tontinez. Su primer impulso fue atentar á su existencia, pero felizmente se pudo evitar. Ahora se ha apoderado de él una melancolía que hace temer por su vida; y no se le oye mas exclamacion que «¡ay mis sacrificios!»

Este es un cuento que no tiene de cuento mas que el nombre del protagonista.

---

**IMPRESA DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.**

---